

MI HISTORIA CON GILDA

Juan Velarde Fuertes

Al reponerse en TVE la película de Rita Hayworth *Gilda*, se han publicado diversos relatos sobre lo que pasaba en Madrid en el invierno de 1947, cuando se estrenó, exactamente el 22 de diciembre, en el Palacio de la Música. Como en estos temas históricamente importantes, todo acarreo de nuevos materiales siempre conviene, voy a exponer lo que personalmente recuerdo de aquel suceso.

En 1947 yo tenía 20 años recién cumplidos, y había acabado la carrera con la I Promoción de Licenciados en Ciencias Económicas. Inmediatamente había ingresado como oficial de la Sección de Estadística, en el Consejo Superior Bancario. Como he escrito en otro lugar, en este local y en mi despacho, de modo informal, nació una tertulia de economistas jóvenes. Uno de ellos era José Ignacio Ramos Torres, hoy economista del Estado, que era sobrino del célebre historiador del Derecho, profesor Torres López.

Por otra parte, dentro de lo que podríamos llamar mi acción política, me había inscrito en la Sección Universitaria de la Asociación Cultural Iberoamericana, que presidía José María Valverde, y de la que era secretario general Carlos Robles Piquer. Allí yo había decidido crear un Seminario de Economía Iberoamericana. Naturalmente, me había designado a mí mismo director, y tenía de secretario a José Ignacio Ramos Torres. A él pertenecieron, entre otros, Fernando Morán López —el actual ministro de Asuntos Exteriores, ávido lector, al que yo facilitaba libros sobre economía hispanoamericana, que, editados en el Fondo de Cultura Económica, llegaban al Consejo Superior Bancario—, y Antonio García López, que pasó a ser conocido hace unos pocos años como consecuencia del famoso PSDE, que intentó sin fortuna arrebatar la clientela al PSOE. Por la ACI, en su sección universitaria, andaban también Miguel Sánchez Mazas, Ramón Zataper, Manuel Calvo Hernando y José Luis Rubio Corcón.

Este último grupo, o parte de él, estaba muy influido por el jesuita P. Llanos. Yo, aunque católico, hombre siempre de talante guerrillero, prefería actuar a mi aire, evidentemente muy poco clerical. Para terminar de centrar los acontecimientos, debemos tener en cuenta que los sucesos tienen lugar en el lapso de tiempo que se inicia con la condena de Potsdam el 2 de agosto de 1945 —cierre de la frontera francesa el 1 de marzo de 1946; el 9



de diciembre de 1946 manifestación en la Plaza de Oriente; retirada de los embajadores de Madrid el 12 de diciembre de 1946-, y que concluye con la progresiva liquidación del aislamiento a partir de la reapertura de la frontera francesa en 1948. Ahí puede situarse, en el marco de la progresiva normalización internacional y en conexión con el denominado I Plan de Estabilización en 1948, el inicio de otra etapa histórica. En el mundo se acentuaba, en este período, la guerra fría. Además, por aquellos años las manifestaciones estudiantiles menudeaban en Madrid. Todas tenían un matiz nacionalista y, como los aliados habían condenado al Régimen, se dirigían contra todos los aliados sin excepción, esto es, se incluía a los Estados Unidos. Contra Norteamérica se gritaba mil veces. Se consideraba como arquetipo el caso del número de *Life*, con una gran bandera roja en las páginas centrales, que en las Centurias de las Falanges Juveniles de Franco se decía que al arrancarlo del quiosco que lo exhibía abierto por ellos, «había supuesto la cárcel para un camarada». Recuerdo la primera manifestación en que anduve, que se gestó muy espontáneamente en la Gran Vía, al caer unos papelitos una tarde de domingo, que indicaban que era el aniversario del triunfo del Frente Popular. También, claro es, deben citarse la famosa para solicitar «pitié pour la pauvre petit Petiot», parodia de las que en Francia exigían indultos, y las habituales con las que finalizaban ciertas ceremonias conmemorativas. La xenofobia era tan marcada, que todo lo que oliese a cualquier periodista de país de las Naciones Unidas era condenado y perseguido. Aún recuerdo, en medio de las masas que aullaban y subido en una farola, en la plaza de Callao, a Contreras, el fotógrafo de *Arriba*, que gritaba: «¡No soy inglés! ¡Soy un camarada! ¡No me rompáis la máquina!». Finalmente, 1947 es el año de la venida a Madrid de Eva Perón y el del referendun de la Ley de Sucesión. El primer acontecimiento debe relacionarse con el antinorteamericanismo subyacente en la doctrina de la Tercera Posición del presidente Perón.



Uno de estos grupos asiduos a todas estas algarabías, era el de la Sección Universitaria de la ACI. Pero por influencia del P. Llanos S. J. –no sé si por consejo, porque como yo mantenía mis distancias, ignoro lo que hubo– comenzó a desarrollarse en algunos de sus componentes una vertiente integrista que, a mí, viejo lector, por tradición familiar, de don Maximiliano Arboleya, me parecía una barbaridad. Por eso, y bajo la influencia del citado jesuita, este grupo se aliaba con los Luises, a los que pertenecían ilustres apellidos, con lo que todo se impregnaba de una aureola clara de nacionalismo de derechas muy conservador. Como en textos de José Antonio encontraba

respaldo para mi postura, y como con tanta mojiganga se olvidaban de pedir las cuatro cosas que yo consideraba esenciales en un falangista, y sobre las que empezaba a escribir desde *Alférez* –socializaciones, reforma agraria, reforma fiscal y salario móvil–, jamás anduve en sus ofensivas, que me parecían una desviación reaccionaria muy condenable. Tres acontecimientos se sucedieron en este sentido: las bofetadas dadas por Miguel Sánchez Mazas al encargado del cine Callao, por haber estrenado *Las mil y una noches* con María Montez de estrella principal; el asalto a numerosas capillas protestantes, con rotura de objetos sagrados, operación donde se dijo que intervenía Francisco Pérez Navarro; finalmente, lo de *Gilda*.



Pero no corramos tanto. En la ACI nos planteamos muy seriamente la ofensiva que contra los valores de la historia hispana, consideramos que se desarrollaba desde Norteamérica. La vuelta de Antonio Lago Carballo de un viaje por Centroamérica y el Caribe, se centró para nosotros en su conferencia sobre la política antihispana en Puerto Rico. Nuestro ídolo, como es lógico, era el doctor Albizu Campos. Por otro lado, de Méjico había venido Gildardo Sánchez, un legendario dirigente de los míticos sinarquistas. Nos había relatado las historias del *rifle sanitario* que hundía la economía rural fronteriza en favor de los Estados Unidos, sus enlaces con los incipientes movimientos políticos chicanos, y comenzamos a enterarnos de todo lo que significaban los niños héroes de Chapultepec y lo que había originado «la punitiva» norteamericana contra Pancho Villa. Se sumaba eso a que tras ello, en octubre de 1945, desde nuestra tertulia de la cervecería Gambrinus, donde habíamos decidido instalar la célebre Universidad Libre de Gambrinus, se había salido a pintar por las calles ¡Libertad para Perón!, y que el grito ¡Braden o Perón! era compartido por nosotros. Yo había escrito un alegato tremendo contra Anastasio Somoza, tras escuchar los relatos sobre la resistencia antiyanqui de Sandino, a Coronel Urtecho, Ycaza Tigerino y Juan Pablo Antonio Cuadra.

En esto se estrenó, el 27 de febrero de 1947, la película *Kitt Carson* –la dirigió George B. Seitz, y eran sus intérpretes John Hall, Lynn Bari y Dana Andrews– en el cine Avenida. John Hall, con el nombre de Charles Locher, había trabajado en *Al sur de Pago-Pago*, y después lo hizo en *San Diego, te quiero* y *Sudán*. Por su parte, Lynn Bari había actuado en *El puente de San Luis Rey*, en *Tampico* y en *Sangre y arena*. *Kitt Carson* era una típica película del Oeste, del montón, con mejicanos malos y yanquis buenos. La propaganda decía: «Los ejércitos mejicano y americano durante la guerra de liberación de California, combaten ardorosamente» (1). Zapater nos movi-



lizó. Reventamos el estreno con bombas fétidas y tinterazos. Al salir, estaba aparcado un coche norteamericano de la Embajada, con el banderín de las barras y estrellas. Sufrió daños y desapareció el banderín. *Kitt Carson* estuvo en cartel, en el Cine Avenida, hasta el 16 de marzo. Tiempo después se reestrenó en el Cine Maravillas y tuvo una vida vulgar, sin problemas.

Alguien pretendió unir lo de *Kitt Carson* y lo de *Las mil y una noches*. Yo tenía la cosa clara. Con un gran gentío de estudiantes de Derecho y de mi Facultad ya había ido, a las 10 de la mañana, a la inauguración del Cine Rex, con una película de María Montez que creo se titulaba *La Venus de los Mares del Sur*. Acogíamos la presencia de esta actriz con ovaciones, bravos y piropos. Por eso había leído con normal curiosidad una excelente propaganda cinematográfica desarrollada sobre el próximo estreno de *Gilda* y había visto complacido desde el autobús de la línea 2—sólo había dos líneas de estos vehículos en Madrid—erigirse su preciosa efigie en la fachada del cine. A los pocos días del estreno, entró en mi despacho del Consejo Superior Bancario José Ignacio Ramos y me dijo con su acento granadino: —«¿Sabes lo que han hecho esos que mueve el Padre Llanos? Ayer han organizado un escándalo en la proyección de *Gilda* y han embadurnado con tinteros la imagen de Rita Hayworth». Mi reacción fue instantánea: «Pues vámonos los dos ahora mismo a ver la película».

Como protesta, asistí a la proyección, firmemente convencido de que José Antonio hubiera ido a ver *Gilda*, y hubiera ordenado que se zampasen un buen vaso de aceite de ricino los jóvenes militantes de aquella especie de neo-Angel Exterminador, que desde 1939 se había instalado en Madrid y que—éste es otro tema—tenía lazos en la Academia Pinilla—que dirigía este famoso oficial—, en *Forja* y demás. Recuerdo mi entrada en el cine como una especie de acto alegre y faldicorto, donde se mezcló, en mí al menos, la política y el deseo de escuchar el *Amado mío*. Ramos y yo fuimos dispuestos a liarnos a golpes si alguien pretendía volver a aparecer con tinteros o bombas fétidas. Me pareció muy bien que, como mudo reproche, el cuajarón negro de tinta no se borrara días y días del cuerpo de Rita Cansino. Parecía como si el sadismo de la bofetada de Glenn Ford hubiese tenido un complemento en nuestra Gran Vía. Para explicar de algún modo la reacción, hay que tener quizás en cuenta que, según el argumento, *Gilda* vive en Buenos Aires y que allí se ve envuelta en las complicaciones de un tema de tráfico de volframio relacionado con la economía de guerra del III Reich. También que en la película se pinta una alegría el día de la victoria que tuvo, por supuesto, en Buenos Aires el grupo anglófilo de los grandes estancieros, pero no el de la oficialidad joven que acaudillaba Perón, ni el de los jóvenes argentinos de la Alianza Libertadora Nacionalista. Cambó, testigo presencial en su *Die-*

tari, relata esto muy bien. Gilda, pues, se introduce en lo hispánico. En este sentido hay un enlace de Rita Hayworth en el Buenos Aires de la II G. M., tanto con el Tánger de Ingrid Bergman en *Casablanca*, como con el ambiente criollo de las Antillas Francesas y Lauren Bacall en la espléndida *Tener y no tener*, que se desarrollan en igual momento histórico. Sería interesante un análisis de estas tres películas en paralelo.



Lo hispánico, repito, se procura exhibir más de una vez en *Gilda*. El *Amado mío* se baila y canta, según el guión, en Montevideo. ¿Qué pueden haber interpretado unos coléricos jóvenes que, por ejemplo, creyeron haber visto en unas *Mil y una noches* más que ingenuas y blanquísimas de María Montez, lo que relataba la famosa versión de Mardrús-Blasco Ibáñez que circulaba por España? Para ellos y para quien lo dirigió, pudo haber sido *Gilda* algo así como otra versión de *Kitt Carson*, pero además pornográfica. La propaganda —con frases sobre el calor que se despide en las calles cuando llegaba Gilda, culminada con aquello de «nunca hubo una mujer como Gilda» y «Gilda cayó en el mundo con el estruendo de una bomba



atómica» (2)— también puede haber hecho mucho. Pero lo psicopsicopatológico no es, por supuesto, mi campo (3). Tampoco sé si el éxito del estreno calentó alguna cabeza. José Luis Gómez Mesa, el conocido crítico de cine, que no se muestra entusiasmado, como experto, con la película, termina su crítica así: «El público, alborozado y alborotador, especialmente el de las localidades altas, aplaudió el pasaje de la rumba-canción «Amado mío» que interpreta Gilda» (4).

Para tratar de comprender el problema he releído el n.º 1, que conservo —quizás no hubo más— del *Boletín de la Sección Preuniversitaria de la A.C.I.*, editado en multicopista, en 1948, con un dibujo de la Virgen de Guadalupe en la portada. Se abre con un artículo de Pablo Antonio Cuadra, *Santa María de Guadalupe*. Sigue con una convocatoria, *Acusación y llamada* ¿Qué más contiene? Se puede leer, sucesivamente, un homenaje al estudiante argentino Darwin Passaponti, asesinado el 17 de octubre de 1945 en Buenos Aires por su actitud nacionalista y properonista; el himno *¡Juventudes hispánicas en pie!*; un artículo anónimo *Lo que ahora tienes que decir y hacer*; bajo el título *El protestantismo*, un ataque a esta actitud religiosa, que incluye párrafos tan claros como «El protestantismo no sólo es un peligro religioso. Es una ofensa política y más aún, una amenaza cultural», o «El protestantismo es el enemigo de nuestra unidad. Es la desunión», para concluir,



con el fin de que no hubiese dudas, que «El protestantismo suele disfrazarse de panamericanismo». Se transcribe, tras esto, una poesía, nada mala por cierto, firmada por el nicaragüense Luis Alberto Cabrales, «durante la invasión yanqui en Nicaragua», que se inicia con las estrofas casi rubenianas

*Yanquilandia Judía, aún no escuchas el trueno
que se incuba en mi tierra mientras tú la maltratas*

y que concluye con

*La juventud no duerme, rubia facción extraña
y están en pie los árboles de la Virgen Montaña
donde nuestros abuelos colgaron a los vuestros.*

Además publica, bajo el epígrafe *Mapa de la Hispanidad* un artículo titulado *Puerto Rico*, en el que destaca que se ha ordenado «el servicio militar obligatorio de los portorriqueños en las filas yanquis y como la fecundidad demográfica de la isla es extraordinaria ...han tomado medidas claramente exterminatorias de dicha población ...que han abarcado desde el fomento de la prostitución ...hasta la imposibilitación (sic) de la pesca en numerosos lugares acotados para fines militares, pasando por otras de las que la vergüenza nos impide hablar en estas páginas... En cuanto a lo espiritual, Puerto Rico no es sino, un objetivo más de esa campaña de protestantización (sic) que los norteamericanos se han propuesto ganar en medio siglo en toda Hispanoamérica». También bajo los títulos *Noticias de Argentina* y *Noticias de Bolivia* vienen datos tomados del número de *Tacuana*, de agosto de 1948, que acababa de llegar, y sobre el MNR de Paz Estensoro, entonces muy perseguido. Tras unas *Noticias de Madrid* sobre la Sección Preuniversitaria editora, se cierra el número, y es significativo, con *Motivos para hacer deporte* firmado por el Padre Llanos. En el «50 motivo» dice: «Porque el deporte te hará alegría en la vida. Esa alegría que en vano buscas en tu pasión por el cine...». Pues bien, toda la página 8, bajo el título *¡En guardia!* trata el «asunto Gilda». El inicio es congruente con el que venimos señalando: «Cuando una pornografía venida de países extraños se asoma a nuestros edificios y pretende atropellar nuestro derecho al decoro callejero, tenemos derecho a reaccionar llegando incluso hasta la violencia». Después de hablar de que «es necesario tomar actitudes gallardas de reacción frente a unos peligros que en veinte años pueden provocar... la transformación de un país de costumbres católicas en un país de costumbres paganas», señala: «Este año -1948- la campaña de inmoralidad cinematográfica y aún teatral es más descarada que el anterior». El aspecto nacionalista del momento es claro: «Un peligro de esta clase constituye un problema nacional, en un país, como España, pobre y atacado... La exigencia es dura: «Si las autoridades no... (reaccionan) con la eficacia necesaria, lo hará la juventud de España, utili-

zando una violencia creciente». Y ya al final, la alusión a *Gilda*: «Un cine de la Gran Vía quiso cobrar en cierta ocasión cerca de treinta mil pesetas porque le habían estropeado un poco la fachada que era un verdadero insulto al decoro de la calle. Pero... ¿Quién le cobra a ese cine el precio de las víctimas del próximo aluvión comunista que España será incapaz de contener si la vieja fortaleza de nuestra moral individual y familiar acaba siendo aniquilada por la persistente propaganda de modos paganos y amorales?».



Poco después volvieron los embajadores; las Naciones Unidas anularon su oposición el 4 de noviembre de 1950; comenzó el proceso del desarrollo económico; Sánchez Mazas se hizo demócrata y socialista; Pérez Navarro se volvió protestante; el P. Llanos terminaría por descubrir *Cristianos para el socialismo*, y Pinilla acabaría, tras llegar a general, por predicar el pacifismo. Pero eso pertenece a otra narración que contaré en mis *Memorias*, si es que me apetece redactarlas, dentro de bastantes años. De momento ésta es la pequeña historia, que al encajarse en la grande, me parece que adquiere todo su sentido, y que explica mi fervorosa y rápida adhesión a *Gilda*.



NOTAS

- (1) Véase, por ejemplo, en *Ya*, 27 de febrero de 1947, p. 4.
- (2) Véase *Ya*, 16 diciembre 1947; como propaganda en este periódico se señala también que Rita Hayworth era considerada como una «pin-up girl».
- (3) Sobre el ambiente religioso y político en torno a *Gilda*, véanse dos interesantes artículos: el de Antonio García Rayo, *El escándalo de «Gilda» empezó por el Obispo de Canarias*, en *La Voz de Asturias*, 4 abril 1984, año LX, n.º 20.401, p. 34, y el de Rafael García Serrano, *He vuelto a ver a Gilda, tan hermosa...*, en *El Alcázar*, 7 abril 1984, año XL, n.º 14.883, p. 5.
- (4) Véase esta crítica en *Ya*, 24 diciembre 1947, p. 7.